

cesaria, y que, por las faltas de todo el mundo, originó una revolucion llena de escesos, violencias y de crímenes unidos y cubiertos por un valor incomparable, un patriotismo sincero y los mas brillantes triunfos. En fin, el hermano de Luis XVI ha sido quien esclarecido y no desanimado por las desgracias de su familia, espontáneamente ha dado á la Francia esta constitucion liberal y sábia que nuestros padres habian soñado, que Montesquieu habia descrito, y que, lealmente practicada de una parte y de otra, conviene admirablemente en su sucesivo desarrollo á los tiempos que alcanzamos, y bastará para un largo porvenir. Nosotros nos felicitamos al encontrar en la Carta los principios que acabamos de esponer y que contienen nuestros votos y nuestras esperanzas para nuestra nacion y para la humanidad.

LECCION XV.

Dios, principio de la idea de lo bueno.

Principio sobre el cual descansa la verdadera teodicea.
—Dios, último fundamento de lo bueno, como de lo verdadero y de lo bello.—Libertad de Dios.—Justicia y caridad de Dios.—Dios, sancion de la ley moral.—Inmortalidad del alma, argumento del mérito y del demérito, argumento de lo simple del alma, argumento de las causas finales.—Del sentimiento religioso.—De la adoracion.—Del culto.—Belleza moral del cristianismo.

El órden moral está asegurado; nos hallamos en posesion de la verdad moral, de la idea de lo bueno y de la obligacion que á él va unida. Ahora, el mismo principio que no nos ha permitido detenernos en la verdad absoluta, y nos ha obligado á buscar la razon suprema en su sér real y sustancial, nos obliga todavía aquí á referir la idea de lo bueno, al sér, que es su primero y último fundamento.

La verdad moral, como cualquiera otra universal y necesaria, no puede permanecer en el estado de abstraccion, y en nosotros no se halla sino concebida. Es preciso, por tanto, que haya en alguna parte un sér que no solamente la conciba sino que la constituya.

Así como todas las cosas bellas y todas las cosas verdaderas se refieren, estas á una unidad que es la verdadera absoluta, y aquellas á otra unidad que tambien es la belleza absoluta, así, igualmente, todos los principios morales participan de un idéntico principio que es el bien. De esta manera es como nosotros nos elevamos á la concepcion del bien en sí, del bien absoluto, superior á todos los deberes particulares y que se determina en estos deberes. Mas este bien absoluto, ¿puede ser otra cosa que un atributo de aquel que solo es, propiamente hablando, el sér absoluto?

¿Será posible que existan varios séres absolutos y el sér en quien se realicen la verdad absoluta y el bello absoluto no sea tambien el principio del bien absoluto? La idea misma de lo absoluto, simplifica la unidad absoluta. Lo verdadero, lo bello y lo bueno, no son tres esencias distintas, sino una sola y misma esencia considerada en sus atributos fundamentales. Nuestro espíritu las distingue porque no puede comprender nada sino por medio de la division; pero en el sér en donde residen, se hallan indivisiblemente unidas; y este sér, á la vez trino y uno que reasume en sí la perfecta belleza, la perfecta verdad, y el bien supremo, no es otro que Dios.

¿Es posible que entre los atributos que poseen las criaturas exista una cosa esencial que el creador no posea? ¿De dónde el efecto saca su realidad y su sér, sino de su causa? Lo que posee lo toma prestado y lo recibe. La causa contiene al menos todo cuanto hay de esencial en el efecto. Lo que pertenece singularmente al efecto, es la inferioridad, la carencia, la imperfeccion; y porque depende y se deriva, lleva en sí los signos y las condiciones de la dependencia. Sino

es posible, pues, deducir legitimamente de la imperfeccion del efecto la de la causa, se puede y se debe deducir de la esclencia del efecto, la perfeccion de aquella, sin lo que existiria en el efecto algo de eminente que no tendríamos de donde derivarlo.

Tal es el principio de nuestra teodicea. No es nuevo ni sutilizado, pero no ha sido todavia bien desenvuelto y esclarecido, y á nuestros ojos posee una solidez á toda prueba. Con ayuda de este principio es como podemos penetrar hasta cierto punto la naturaleza de Dios.

Dios no es un sér lógico cuya naturaleza pueda explicarse por vía de deduccion ó por medio de ecuaciones algébricas. Cuando partiendo de un primer atributo, se han deducido los atributos de Dios los unos de los otros, lo mismo que lo hacen los géómetras ó escolásticos, ¿qué se posee sino abstracciones? Es preciso salir de esta vana dialéctica para llegar á un Dios real y efectivo.

La nocion primera que nosotros tenemos de Dios, la nocion de un sér infinito, no nos ha sido dada independientemente de toda esperiencia.

Es la conciencia de nosotros mismos como séres y como séres limitados lo que nos eleva inmediatamente á la concepcion de un sér sin limites y que sea el principio del nuestro. Este sólido y simple argumento que es en el fondo el de Descartes, nos abre un camino que es preciso seguir y en el cual Descartes se detuvo muy en brevé. Si el sér que nosotros poseemos nos obliga á recurrir á una causa que entrañe el sér en un grado infinito, todo cuanto nosotros tendremos de los atributos esenciales reclamará igualmente una causa infinita. Desde este momento

Dios no será ya solamente el infinito sér abstracto ó al menos indeterminado, en el cual la razon y el co-razon no encuentran punto de apoyo: será un sér real y determinado, una persona moral como la nuestra. La psicología nos conduce sin hipótesis á una teodicea parecida y sublime.

Así, como lo hemos dicho, Dios es y no puede dejar de sér el principio y último fundamento de lo bueno como de lo verdadero y de lo bello. El es el tipo de la persona moral que llevamos en nosotros mismos. No tenemos ninguna escelencia natural de la cual no sea la causa y que no posea en grado incomparable.

Por ejemplo, si el hombre es libre ¿seria posible que Dios no lo fuera? Nadie pone en duda que aquel que es la causa de todas las cosas y que no reconoce otro origen que él mismo, no puede depender sea de lo que fuere. Pero separando á Dios de toda contraccion exterior, Espinosa le sujeta á una necesidad interior y matemática en donde encuentra la perfeccion del sér. Si, del sér que no es una persona, sino el carácter esencial del sér personal que es precisamente la libertad. Si desde luego Dios no fuese libre seria por consiguiente inferior al hombre. ¿No seria extraño que la criatura poseyera de ese maravilloso poder de disponer de ella misma, y de querer libremente, y que el sér que la ha hecho estuviese sujeto á un desarrollo necesario cuya causa estuviera en él, pero como una potencia abstracta mecánica ó metafísica inferior á la causa personal y voluntaria que nosotros poseemos y de la que tenemos la idea mas clara y precisa? Dios es, pues, libre, puesto que nosotros lo somos, pero no es libre de la misma ma-

nera, porque Dios es á la vez todo lo que nosotros somos y nada de lo que nosotros somos. Posee los mismos atributos que nosotros, pero elevados al infinito. Posee una libertad infinita unida á una inteligencia infinita tambien; y como esta inteligencia es infalible, exenta de las incertidumbres de la deliberacion y capaz de apereibir de una sola mirada en donde está el bien, así su libertad la realiza espontáneamente sin ningun esfuerzo.

Del mismo modo que demostramos la existencia en Dios de la libertad que es el fundamento de nuestro sér, demostramos tambien la existencia en él de la justicia y de la caridad. En el hombre, la justicia y la caridad son virtudes; en Dios son atributos. Lo que en nosotros es la conquista laboriosa de la libertad, en él constituye su naturaleza misma. Si el respeto de los derechos es en nosotros la esencia misma de la justicia y el signo de la dignidad de nuestro sér, es imposible que el sér perfecto no conozca y no respete los derechos de séres mas inferiores, puesto que es él, por otra parte, de quien proceden esos derechos. En Dios reside una justicia soberana que dá á cada uno lo que le corresponde, no segun engañosas apariencias, sino segun la verdad de las cosas. En fin, si el hombre, ese sér limitado, tiene el poder de salir de sí mismo, de olvidar su persona, de amar á otro que no sea él y de entregarse á su felicidad, lo que es lo mismo que entregarse á su perfeccionamiento; ¿cómo el sér perfecto no alcanzaria en un grado infinito esta ternura desinteresada, esta caridad, esta virtud suprema de la personalidad humana? Sí, existe en Dios una ternura infinita para con sus criaturas: ella se ha mani-

festado desde luego al concedernos el sér que hubiera podido reservarse, y todos los días se dá á conocer en las innumerables muestras de su divina Providencia. Platon ha conocido muy bien este grande amor de Dios y lo ha espresado en estas grandes palabras: «Indiquemos las causas que impulsaron al supremo ordenador á producir y á componer el universo: Él era bueno y quien es bueno no siente ninguna especie de envidia. Exento de envidia quiso que todas las cosas le fuesen semejantes en lo posible.»

El cristianismo ha ido mas lejos: segun la divina doctrina, Dios ha amado tanto á los hombres que les ha entregado su único Hijo. Dios es inagotable en su caridad como lo es en su esencia. Es imposible dar mas á la criatura; él le dá todo cuanto ella puede recibir sin dejar de ser una criatura; y se lo dá todo, hasta él mismo, tanto cuanto él es en sí y existe en ella. Al mismo tiempo es imposible perder menos, porque siendo el sér absoluto, eterno é indefectible, se esparce y se comunica, permaneciendo completo é infinito en su caridad, sostenido por un poder infinito tambien y presentándonos un ejemplar eterno para que nos sirva de modelo, en el cual cuanto mas se dá mas se posee. Pero el amor humano es demasiado débil para no hallarse mezclado de egoismo, cuyas raices no pueden estirparse en los corazones aun junto á la afeccion mas generosa que nos atrae hácia la abnegacion y el sacrificio.

Si Dios es justo y es bueno no puede creer nada que no sea bueno y justo y como es todo poderoso, cuanto quiere lo puede, y por consiguiente lo hace. El mundo es la obra de Dios; se halla, por consiguiente, perfectamente hecho y perfectamente apropiado á su fin.

Sin embargo, existe en el mundo un desórden que parece acusar á la justicia y á la bondad de Dios.

Un principio que se une á la idea misma del bien, nos dice que todo agente moral merece una recompensa cuando obra el bien y un castigo cuando obre el mal. Este principio es universal y necesario, al mismo tiempo que absoluto. Si no tiene su aplicacion en este mundo, es necesario, ó que el principio sea falso ó que el mundo esté mal ordenado.

Un hecho es incontestable que el bien no produce siempre y de una manera infalible la felicidad, ni el mal la desgracia.

Si el hecho existe es bastante raro, y parece presentar los caracteres de una escepcion.

La virtud consiste en una lucha contra la pasion y esta lucha llena de dignidad se halla tambien llena de dolor; pero el crimen á su vez está condenado á dolores mucho mas duros, á turbaciones no interrumpidas y á perpétuas inquietudes.

La virtud tiene sus penas, pero la mayor felicidad reside todavia en ella, así como la mas grande desgracia es compañera del crimen. Y esto acontece, no tan solo en el fondo del alma y en las condiciones mas oscuras, sino en el teatro de la vida y en las situaciones mas brillantes.

La buena y la mala salud constituyen, despues de todo, la mayor parte de la felicidad ó de la desgracia. Bajo este punto de vista, comparad la temperancia con la intemperancia, el órden con el desórden, la virtud y el vicio.

El gran médico Hufeland hace notar que los buenos sentimientos son favorables á la salud, y que los malos le son contrarios. Las pasiones violentas irritan,

inflaman, producen la turbacion en el organismo, así como en el alma; las afecciones dulces conservan el juego mesurado y armonioso de todas las funciones. Hufeland llama la atencion tambien acerca del hecho de que los casos de vida mas larga se han presentado en individuos que han llevado una existencia sabia y bien ordenada. Así, para la salud, la fuerza y la vida, la virtud es mejor que el vicio.

Queremos ahora ocuparnos de la conciencia despues de habernos ocupado de una de las condiciones principales del cuerpo. La paz y la turbacion de esa especie de tribunal que existe en nuestro sér, decide de la felicidad ó de la desgracia interior. Bajo este punto de vista se puede comparar todavia el orden y el desórden, la virtud y el vicio.

Y fuera de nosotros, en la sociedad, ¿qué diferencia tan notable no existe entre la estimacion y el desprecio, la consideracion y la infamia? Seguramente que la opinion suele algunas veces ser sorprendida, pero estos accidentes no suelen ser largos. En general, si los charlatanes, los intrigantes, los impostores de todas las especies conquistan por algun tiempo el sufragio público, preciso es convenir que una honradez sostenida es el medio mas seguro y casi infalible de llegar á conseguir una buena reputacion.

Siento que el tiempo no me permita desarrollar mas estensamente esta materia. Yo hubiera querido, despues de haber distinguido la virtud y la felicidad enseñároslo casi siempre unida por la admirable ley del mérito y del demérito. Yo hubiera querido haceros ver esta benéfica ley rijiendo los destinos de la humanidad, siendo llamada á presidir mediante el progreso creciente de los gobiernos y de los pueblos, el desar-

rollo de estos por medio del perfeccionamiento de las instituciones civiles y judiciales. Yo hubiera querido, en fin, arraigar en vuestras imaginaciones y en vuestras almas esta consoladora conviccion, á saber: que la justicia existe en el mundo y que el camino mas seguro para llegar á la felicidad es la virtud.

Esta era la opinion de Sócrates y de Platon; esta era la de Francklin y yo la he adquirido por medio de la esperiencia personal y del exámen atento de la vida humana. Pero convengo en que existen escepciones y aunque no existiera mas que una sola seria preciso explicarla.

Supongo que un hombre jóven, hermoso, rico, amable y amado que, colocado ante el cadalso y la traicion de una causa sagrada, sube voluntariamente al cadalso á los veinte años. ¿Qué pensariais de esta noble victima? La ley del mérito y del demérito parece aquí suspendida. ¿Os atreveriais á blasfemar de la virtud, ó de qué modo le concederiais la recompensa que la victima no ha buscado, mas que se le debe?

Si os fijais bien en la hipótesis sentada encontrareis mas de un caso análogo al que hemos supuesto.

Las leyes de este mundo son generales; ellas no se doblagan ni por unos ni por otros sino que prosiguen su camino sin fijarse en el mérito ni en el demérito de cada uno. Si un hombre nace con un mal temperamento, lo sufre como el animal y la planta, en virtud de ciertas leyes fisicas, oscuras, pero que existen; y las sufrirá toda la vida, á pesar de su inocencia. Se desarrollan algunas veces epidemias y calamidades y al azar agovian unas veces al malo y otras veces al bueno.

La justicia humana condena pocos inocentes, es verdad, pero absuelve por falta de pruebas á mas de un culpable. Por otra parte, dicha justicia no reconoce sino ciertos delitos, ¡cuántas faltas, cuántas bajezas no se cometen en la oscuridad y á las cuales no alcanza el merecido castigo! Lo mismo que ¡cuánta abnegacion que únicamente Dios es capaz de juzgar! Sin duda alguna que nada escapa al ojo de la conciencia, y alma culpable no puede sustraerse á los remordimientos. Pero los remordimientos no se hallan siempre en relacion con la falta cometida; su vivacidad puede depender de un natural mas ó menos delicado, de la educacion y de la costumbre. En una palabra, si es cierto que en general la ley del mérito y del demérito se cumple en este mundo, cierto es tambien que este cumplimiento no se verifica con una exactitud matemática.

¿Qué debemos deducir de aquí? ¿Que el mundo está mal hecho? Esto no puede ser ni es. Esto no puede ser, porque incontestablemente el mundo tiene un autor justo y bueno; y no es, porque de hecho vemos reinar el orden, y sería un absurdo desconocerlo á causa de algunos pequeños fenómenos que no podemos hacer entrar en la ley general. El pesimista Voltaire es todavía mas contrario al conjunto de hechos que á un absoluto optimismo. Entre estas dos estrechidades sistemáticas que los hechos desmienten, el género humano ha colocado la esperanza de otra vida, y ha encontrado muy poco razonable el desechar una ley necesaria á causa de algunas infracciones. Debemos sacar en conclusion, pues, que existe la ley y ciertos hechos anómalos, que estos deberán ser incluidos por el tiempo en aquella, realizándose entonces una gran

reparacion. Preciso es admitir esta conclusion ó desechar los dos principios anteriormente establecidos, á saber: que Dios es justo y que la ley del mérito y del demérito es una ley absoluta.

Desechar esto es derribar los cimientos de las creencias humanas.

Mantenerlo es implícitamente admitir que la vida actual debe terminarse ó continuarse en otra parte.

Pero ¿esta persistencia de la persona es posible? Después de la disolucion del cuerpo, ¿puede quedar algo en nosotros mismos?

La persona moral que obra bien ó mal y que espera la recompensa ó el castigo, está unida á un cuerpo, vive con él, de él se sirve y de él depende de cierto modo. El cuerpo se compone de partes, puede disminuir y aumentar y es divisible, esencialmente divisible hasta el infinito. Pero esa cosa que tiene conciencia de sí, y que dice *yo*, que se siente libre y responsable ¿no reconoce que en ella no hay division ni aun division posible, y que es un sér único y simple? El *yo*, ¿puede ser mas ó menos mio? ¿Puede existir una mitad del *yo*, ó una cuarta parte del *yo*? Yo no puedo dividir mi persona. Ella es lo que es, y si no, no tiene existencia. Ella permanece idéntica á si misma, bajo la diversidad de los fenómenos que la manifiestan. Esta identidad, esta indivisibilidad, esta unidad de la persona es su espiritualismo. El espiritualismo es, pues, la esencia misma de la persona. La creencia del espiritualismo del alma va unida á la creencia de la identidad del *yo* que ningun sér razonable ha puesto jamás en duda. De manera que se puede afirmar sin miedo que el alma difiere esencialmente del cuerpo. Añadamos que cuando

decimos el alma, queremos dar á entender la persona, la cual no se halla separada de la conciencia ni de los atributos que la constituyen, como son, el pensamiento y la voluntad. El sér sin conciencia no es una persona. La persona es la que es, idéntica, una y simple. Sus atributos al desarrollarla, no la dividen. Indivisible, permanece indisoluble y puede ser inmortal. Si, pues, la justicia divina, para ejercerse sobre nosotros exige una alma inmortal, no pide una cosa imposible. El espiritualismo del alma es el fundamento necesario de la inmortalidad. La ley del mérito y del demérito, es la demostración directa. La primera prueba, se llama prueba metafísica; la segunda prueba, moral; esta es la mas ilustre, la mas popular, la mas convincente, y á la vez la mas persuasiva.

¡Cuántos motivos poderosos no se unen á estas dos pruebas para fortificarlas en nuestro corazón. Hé aquí, por ejemplo, una presunción de un gran valor para el que crea en la virtud del sentimiento y del instinto.

Toda cosa tiene su fin. Este principio es tan absoluto como aquel que refiere todo suceso á una causa. El hombre tiene, pues, un fin. Este fin se revela en todos sus pensamientos, en todas sus acciones, en toda su vida. Haga lo que haga, sienta lo que sienta, piense lo que piense, piensa en lo infinito, ama al infinito, y tiende hácia lo infinito. Esta necesidad del infinito es el gran móvil de la curiosidad científica, el principio de todos los descubrimientos. El amor descansa también sobre la misma base. En su camino puede experimentar vivos goces, pero la amargura secreta que en ellos se mezcla, le hace muy

pronto sentir la insuficiencia y la vida. Frecuentemente, en la ignorancia en que se halla acerca de su verdadero objeto, se pregunta de donde procede ese desencantamiento fatal que llevan impresos sucesivamente todos sus triunfos y todos sus lauros. Si él supiera leer en sí mismo, reconocería que si nada aquí bajo le satisface, es porque su objeto tiende á lo infinito, y que el verdadero término á que aspira es la perfección infinita. En fin, como el pensamiento y el amor, la actividad humana tiene sus límites. Mas ¿quién puede decir en dónde se detendrá? Hé aquí esta tierra casi toda ella conocida. Muy pronto nos será preciso otro mundo. El hombre camina hácia lo infinito que siempre se le escapa y él siempre persigue. Lo concibe, lo siente, y lo lleva, por decirlo así, en sí mismo. De aquí ese instinto indomable de la inmortalidad y esa universal esperanza de otra vida, la cual atestiguan todos los cultos, todas las poesías, todas las tradiciones. Nosotros tendemos hácia lo infinito con todas nuestras potencias; la muerte viene á interrumpir este destino que busca á su término y ella le sorprende, no-acabado. Es, pues, posible que haya algo á continuación de la muerte, y que ella en nosotros nada termina. Fijáos en esa flor que mañana no existirá ya. Al menos hoy, se exhibe completamente desarrollada; no se la puede concebir mas bella en su clase: ha alcanzado su perfección. La mía, mi perfección moral, esa perfección de la cual tengo una idea clara y una necesidad invencible, y que para conseguirla he nacido; en vano la llamo, en vano trabajo por alcanzarla; ella se escapa y me deja en la esperanza. Esta esperanza ¿será defraudada? Todos los seres alcanzan su fin. ¿Solamente el hombre no ha

de alcanzar el suyo? La mas grande de las criaturas ¿seria posible fuese la mas maltratada?

Un sér que permaneciere incompleto, y que no alcanzara el fin que todos sus instintos reclaman, seria un mónstruo en el órden eterno, problema mucho mas difícil de resolver que las dificultades que se han opuesto á la inmortalidad del alma. Segun nosotros, esa tendencia de todos los deseos y de todas las potencias del alma hácia lo infinito, ilustradas por el principio de las causas finales, son una confirmacion poderosa de la prueba moral y de la prueba metafísica.

Cuando se han recojido todos los argumentos que autorizan la creencia en otra vida y se ha llegado asi á una demostracion satisfactoria, queda un obstáculo por vencer. La imaginacion no podria contemplar sin espanto esa cosa desconocida que se llama la muerte. El mayor filósofo del mundo, dice Pascal, sobre una plancha de una anchura mayor que la que fuera necesaria para caminar de un extremo á otro de un abismo, sin peligro, no podria pensar en él sin que temblasen todos sus miembros. Lo que espanta no es la razon sino la imaginacion; y ella es tambien la que produce en gran parte ese resto de duda, esa turbacion, esa ansiedad secreta que á la fe mas segura no consigue domar en presencia de la muerte. El filósofo mismo experimenta este terror, pero sabe de donde procede y se hace superior á él uniéndose á las sólidas esperanzas con las cuales adornó Sócrates sus últimos momentos. La imaginacion es un niño á quien es preciso educar, colocándole bajo la disciplina y bajo el gobierno de facultades mejores. Reconozcámoslo, hay un paso

terrible que franquear. La naturaleza se estremece frente á frente de una eternidad desconocida. Es prudente el presentarse á ella con todas nuestras fuerzas reunidas, de manera que la razon y el corazón se presten un mútuo apoyo y la imaginacion quede sometida á sus encantos. Repítanos sin cesar que tanto en la muerte como en la vida el alma se halla segura de encontrar á Dios, y con Dios todo lo que es justo y todo lo que es bueno.

Nosotros sabemos ahora quién es verdaderamente Dios. Hemos visto dos de sus aspectos admirables, la verdad y la belleza; pero el mas augusto que se nos revela es la santidad. Dios es el santo entre los santos, como autor de la ley moral y del bien, como principio de la libertad, de la justicia y de la caridad, como dispensador de la pena y de la recompensa. Tal Dios no es un Dios abstracto sino una persona inteligente y libre que nos ha hecho á su imájen, de la cual recibimos la ley que preside á nuestro destino y cuyo juicio esperamos. Su amor es el que nos inspira en los actos de caridad; su justicia la que gobierna nuestra justicia, la de nuestras sociedades y nuestras leyes. Si nosotros no nos acordásemos sin cesar de que es infinita, degradariamos nuestra naturaleza; pero seria para nosotros como sino existiera, si su esencia infinita careciese de los atributos que le ponen en relacion con nosotros, porque ellos constituyen las leyes mismas de nuestra razon y de nuestro corazón.

Pensando en tal sér el hombre experimenta un sentimiento que es el sentimiento religioso por esencia. Todos los séres á los cuales nos acercamos, despiertan en nosotros sentimientos distintos segun

las cualidades que en ellos apercibimos. ¡Se estrañará, pues, que el que posee todas las perfecciones, produzca en nosotros un sentimiento particular! Si nosotros pensamos en la esencia infinita de Dios, si nos penetramos de su inmenso poder, recordaremos que la ley moral expresa su voluntad y que ha unido al cumplimiento y á la violacion de esta ley, recompensas ó castigos de los cuales dispone con una justicia inflexible. A la idea de semejante grandeza, nadie puede prohibirse una emocion de respeto y temor al mismo tiempo. Despues, si nosotros consideramos que ese sér todo poderoso ha querido crearnos sin que tuviera de nosotros necesidad alguna, y que creándonos nos ha colmado de beneficios, que nos ha dado este admirable universo para gozar de sus bellezas siempre nuevas, la sociedad para engrandecer nuestra vida con la de nuestros semejantes, la razon para pensar, el corazon para sentir, la libertad para obrar; sin desaparecer el respeto ni el temor se revestirán todos estos sentimientos de otro sentimiento mas dulce que es el del cariño. El cariño ó el amor, cuando se aplican á séres débiles y limitados, nos inspiran el hacerles bien, pero en sí mismo, el individuo no se propone obtener ventaja de la persona amada: se ama un objeto bello y bueno, porque es tal, sin fijarse, desde luego, si semejante amor podrá ser útil á su objeto ó á nosotros mismos. Con mayor razon, pues, el amor que se remonta hasta Dios será un homenaje que se rendirá á sus perfecciones, será la expansion natural del alma hácia un sér infinitamente amable.

El respeto y el amor componen la adoracion. La adoracion verdadera no puede existir sin uno ú otro

de estos dos sentimientos. Si no considerais mas que al Dios todo poderoso, señor del cielo y de la tierra, autor y vengador de la justicia, agoviais al hombre bajo el peso de la grandeza de Dios y de su propia debilidad. Le condenais á una turbacion continua en la incertidumbre de los juicios de Dios; le haceis tomar prevencion contra él y el mundo y la vida se le llenan de miserias. Hácia este extremo pende Port-Royal. Leed los pensamientos de Pascal: en su grande humildad, el filósofo olvida dos cosas, la dignidad del hombre y la bondad de Dios. Por otra parte, si no veis mas que al Dios bueno y padre indulgente, os inclináis á un misticismo quimérico. Sustituyendo el amor por el temor, poco á poco con el temor se corre riesgo de perder el respeto. Dios no es un señor, no es tampoco un padre, porque la idea de padre lleva consigo comprendida, hasta cierto punto, la de temor respetuoso; Dios no es sino un amigo y algunas veces hasta un amante. La verdadera adoracion no separa el amor y el respeto; la verdadera adoracion consiste en el respeto animado por el amor.

La adoracion es un sentimiento universal; difiere en grados, segun las diferencias de la naturaleza; toma las formas mas diversas; frecuentemente se desconoce á sí propia, y unas veces se hace traicion por un suspiro que se escapa del hecho en medio de las escenas de la vida, y otras se eleva silenciosamente en el alma, muda y penetrada, disfrazando su expresion; pero en uno y en otro caso, en el fondo es siempre la misma. Ella es una expansion espontánea é irresistible del alma; y cuando la razon trata de analizarla, la declara justa y legitima. ¡Qué cosa mas justa, en efecto, que temer los juicios de aquel que es la santidad misma